

Placentera escena en la terraza del antiguo White House Hotel de la isla de Taboga, tomada por el lente de Carlos Endara durante la construcción del Canal por los norteamericanos.

Entre los interesantes detalles de la gráfica se observan la elegancia de los huéspedes, un antiguo fonógrafo y en primer plano unos jóvenes encargados de la improvisada cancha de boliche. Al fondo se aprecia a El Morro. El White House Hotel con los años se llamaría Hotel Chu.

Las selvas del río Obispo, Gamboa y Cruces según Caroline Salvin, 1873

Por: Stanley Heckadon-Moreno

La obra cumbre sobre la botánica y zoología de la América Central en el siglo XIX es la **Biología Central-Americana**, co-editada por los naturalistas ingleses Frederick Ducane Godman y Osbert Salvin. Ella consta de 67 volúmenes publicados en Londres, entre 1879 y 1915. Para reunir especímenes de plantas y animales, del sur de México hasta Panamá, Godman y Salvin exploraron varias veces la región y también contrataron muchos coleccionistas que se adentraron a comarcas más remotas y desconocidas. También establecieron una red de amigos de la ciencia y compraron colecciones privadas. Sólo de aves lograron reunir más de 52,000 especímenes. Esta y otras valiosísimas colectas reposan hoy en el Museo Británico, siendo propiedad de la nación inglesa.

Varios de los coleccionistas que Godman y Salvin contrataron fueron importantes en la historia de las ciencias naturales en Panamá. Uno, el guatemalteco Enrique Arcé, quien colectó aves en Veraguas, entre

1865 y 1895; otro, el entomólogo inglés George Champión, quien exploró Chiriquí, entre 1881-1883. Asimismo, el alemán R. Troetsch, quien colecta insectos en Chiriquí y James Mcleanan, legendario colector de aves de la vertiente caribe de Panamá, administrador de la estación del tren de Lion Hill, a la vera del ferrocarril interoceánico de Panamá.

Salvin hizo cuatro expediciones a Centro América para recabar materiales para la **Biología Central-Americana**. En su cuarta y último viaje, 1873-1875, trae como dibujante a su esposa Caroline (1838-1917).

El diario de Caroline Salvin

Caroline era una talentosa pintora de la naturaleza. Muchos de sus dibujos de plantas guatemaltecas y panameñas, engalanaron posteriormente las páginas de varios tomos de la **Biología Central-Americana**. Para nuestro deleite, también llevaba un diario donde anotaba sus impresiones acerca del paisaje natural y cultural de los países

y pueblos que visitaron. Su diario permaneció olvidado hasta que su bisnieta, Sibyl Salvin Rampen, lo rescata y publica la bella obra bilingüe **Un Paraíso. Diarios Guatemaltecos, 1873-1874/A Pocket Eden, Guatemalan Journals**. Este libro sale en 2004 bajo el sello del Plumsock Mesoamerican Studies, de Vermont, Estados Unidos.

En el número anterior de **Épocas** dejamos a Caroline cuando con Osbert, a quien ella cariñosamente llamaba "Os", desembarcan el 8 de mayo de 1873 en el puerto de Aspinwall o Colón, Estado Federal de Panamá, Estados Unidos de Colombia. Habían partido de Inglaterra en el vapor "Tagus", de la Royal Mail Steam Packet Company, con escalas en las islas de St. Thomas y Jamaica. Planeaban cruzar el istmo en tren para tomar el vapor que conectaba el puerto de Panamá con San Francisco, California, con escalas en los puertos intermedios del pacífico centroamericano. Su meta: el puerto de San José, Guatemala, donde tomarían bestias para dirigirse a las tierras altas guatemaltecas.

Ya en Colón se enteran que no pueden continuar su viaje a ciudad de Panamá pues ha estallado una de las consuetudinarias revoluciones que azotaban Colombia y Panamá en el siglo XIX. Los Salvin, aprovechan la oportunidad y se instalan en casa de Bob Sharp, un inglés de Yorkshire, administrador de la estación del tren del hoy desaparecido pueblo de Obispo. Dese allí exploran las exuberantes selvas a la vera La Línea, antes que estas montañas fuesen descubiertas para dar paso a las obras del canal francés.

En su diario Caroline describe el contraste entre la exuberante belleza de la flora istmeña, con la generalizada pobreza y atraso material del país. Con sus caseríos de ranchos de paja con pisos de tierra. Desprovistos de escuelas, acueductos o hospitales. El paisaje natural lo dominaba infinitas tonalidades del verde del follaje. En el paisaje humano predominaba en el color de su piel, las más inimaginables combinaciones del color negro mezclado con el cobrizo de los indígenas y el blanco.

1873 en Colombia y el Istmo

Cuando nuestra pareja inglesa desembarca en Colón, el ferrocarril interoceánico y la navegación a vapor acaban de resucitar económicamente el istmo. Mas y mas carga y pasajeros lo transitaban de una mar a la otra. En el resto de Colombia, el comercio internacional estaba estancado dada la falta de ferrocarriles que conectasen la costa con los pueblos del interior. Para la década de 1870 el ferrocarril de Panamá movía 50 millones de dólares anuales en carga de trán-



El naturalista inglés Osbert Salvin (1835-1898), esposo de Caroline, exploró cuatro veces América Central y Panamá. Salvin y su colega Frederick Ducane Godman editaron en Londres, entre 1873 y 1915, los 67 tomos de la Biología Central-Americana, obra cumbre sobre la flora y fauna de esta región de los trópicos del nuevo mundo.

sito. Un 75 por ciento de la carga que salía por mar de Aspinwall, iba para la costa este de Estados Unidos.

En 1873 Colombia enfrentaba dos problemas externos cuyo ministro de relaciones exteriores, el istmeño Gil Colunje, debía manejar con tacto. Uno, el viejo y tenso diferendo limítrofe con Venezuela. Otro, el préstamo de \$500,000 dólares solicitado al gobierno de Bogotá por los independentistas cubanos en su guerra contra España. En el istmo, terminaba ese abril la primera expedición liderada por el comandante de la marina estadounidense Thomas Selfridge, para dar con una ruta para un canal interoceánico en Darién o el Atrato. Ese año se instala como gobernador del Estado Soberano de Panamá, luego de sangriento golpe de estado, el liberal Dámaso Cervera. Remplaza a otro liberal, Rafael Neira. Los tiroteos dejan decenas de muertos en ciudad de

**Celebramos 25 años
de constante desarrollo en pro
de la industria panameña.**

Impulsar el desarrollo de la industria nacional... Ese es nuestro papel.

25 ANIVERSARIO

ECSA
Empaques de Colón

calidad certificada

ISO 9001

Panamá, en el barrio de Santa Ana. Ese verano el gobierno del estado envía a Chepo una expedición militar ante los desmanes de los caucheros quienes habían invadido los territorios de los cunas del río Bayano. El 18 de enero de 1873 una furiosa tormenta apabulla los vapores, muelles y rompeolas de Colón, ocasionando daños estimados en la astronómica cifra de medio millón de dólares.

Retomemos ahora el diario de Caroline Salvin, cuando con su esposo Osbert, arriban a la estación de Obispo en la línea del Ferrocarril de Panamá. De allí explorarían las selvas vecinas para coleccionar especímenes de su flora y fauna.

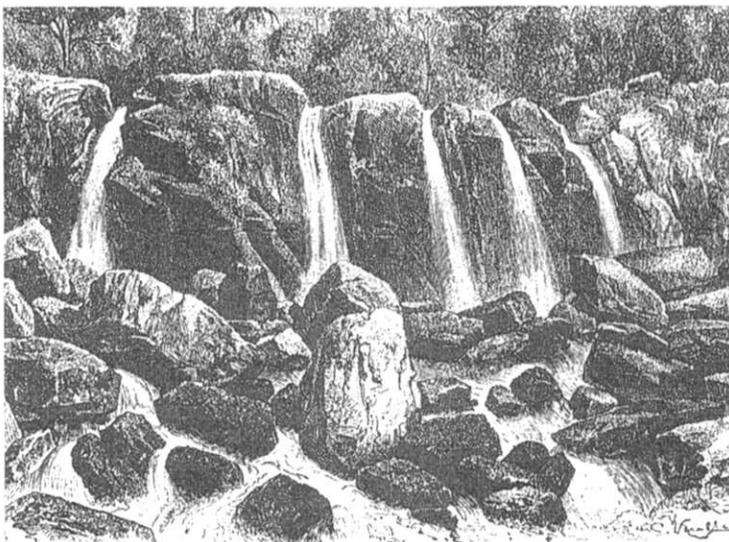
Viernes 9 de mayo, [en casa del administrador de la estación del tren de Obispo]

"Nos recibió una mujer elegante y agradable acompañada de dos niños gordos. Un bonito balcón de madera en cada piso, una habitación general abajo, desde donde una escalera corta de madera conducía a una sala de estar y excelentes aposentos de huéspedes, un baño y otro dormitorio para nuestra anfitriona y su familia. En nuestro dormitorio habían cuatro puertas que daban al balcón y dos ventanas cerradas con celosías y sin cristales. Una cama matrimonial inglesa y las fundas de almohada más bonitas que jamás vi....Otra cosa agradable era la botella de Agua de Florida sobre la mesa, que uno se frota en las picaduras y es un remedio excelente; o para quitar otros insectos.

"Nos sirvieron una excelente cena a las 5. Nuestro anfitrión, el señor Bob Sharpe, un hombre de Yorkshire, sabía muy bien cómo agasajarnos muy generosamente. Varios platos nuevos de verduras, yucas, un tubérculo blanco, denso y mas bien seco, plátanos horneados, pavo y aves exquisitas-y huevos frescos. El pan, bollos, y bizcochos, era al estilo de Yorkshire y excelente. Todas las cosas que son buenas para el hombre parecen darse aquí. Se necesitaba jengibre, así que mandó a traerlo del bosque. Piñas, naranjas, limones, casi al alcance de la mano, aunque no hay cultivos. La gente es muy perezosa.

Sábado 10, [en las selvas del río Obispo]

"Mi primera caminata en el bosque fue un deleite exquisito. Pisamos plantas sensitivas que se estremecían y se enroscaban a cada paso y, cuando estábamos bien adentro de la floresta, la vegetación era tan densa que no podíamos abrirnos camino, excepto en el sendero acostumbrado. Las distintas formas de gran tamaño que se recortaban contra pequeñas masas de verdor ricamente variadas me impresionaron mucho-palmeras altísimas y espléndidas con racimos rojos de semillas, palmeras elegantes de las cuales no sabía el nombre. El verde intenso y brillante de la Heliconia con su hoja ancha y fruta roja con una semilla azul brillante. Y helechos; parecía haber de todas las variedades que tanto apreciábamos para decorar nuestras mesas. El helecho plateado y otros



"Gran chute du río Obispo", el chorro del río Obispo, cerca al trazado del canal francés y el ferrocarril interoceánico de Panamá a inicios de la década de 1870. Ilustración tomada del libro del ingeniero francés N.B. Wyse Le Canal de Panama, publicado en Paris en 1886.

que tengo la intención de coleccionar y secar.

"El día terminó con una diversión nueva y muy agradable. Nuestro anfitrión tiene un carro que hace andar en la vía férrea con la ayuda de una manivela accionada por dos negros. Nos sentamos en la banca delante y no tardamos en correr a quince millas por hora en curvas cerradas, cruzando puentes a través de cuyos tablones se podían ver los precipicios de abajo. Se sentía como un viaje alucinante a un país de hadas. Nuestro objetivo era ver la cascada de río Obispo.

"Mientras rodábamos a gran velocidad, en el terraplén vimos un árbol grandioso con flores rojas, un bello árbol de hojas perennes-cabezuelas de hojas (brácteas) como poinsettia, pero colocadas en cada lado de la rama, con un pequeño grupo de flores anaranjadas en cada hoja. Conseguimos un espécimen y seguimos nuestro camino, regocijándonos por nuestra encantadora posesión. No tuvimos que internarnos muy adentro del monte para llegar a unas bellas rocas y una cascada seca de unos treinta pies de altura; era de color gris cálido con curiosos pedazos ennegrecidos, como si hubiera estado expuesta a la acción del fuego. Encima de la saliente de la roca que contenía el agua en la parte de arriba, había un claro bellísimo, bastante oscurecido por profundas sombras y atravesado por el arco de una palmera Heliconia y, más abajo, en el suelo, un grupo de los helechos con que decoramos nuestras mesas para la cena. Atrás, nuevamente, había un bambú plumoso y un árbol escasamente cubierto en la rama de arriba por una hoja gruesa y azulesca, con la forma de una hoja redonda de higuera. La bella palmera con frutas rojas y las enredaderas que colgaban crecían por

todas partes. Un lagarto yacía en el agua como un tronco. Cuando regresábamos, el carro corría solo a tremenda velocidad, ya que íbamos cuesta abajo. Los chotacabras volaban adelante de nosotros, se paraban en la línea y emprendían el vuelo, una y otra vez.

Domingo 11 [el pueblo de Gamboa]

Nos levantamos a las cinco. Había mucha neblina. Nos pusimos en camino con Os y el señor Sharpe para ir a dos pueblos indígenas, a los que se llegaba atravesando el monte.

El primero que alcanzamos, Gamboa, está a tres cuartos de milla monte adentro y era la vista más encantadora que jamás vi - un río serpenteante, una ladera sin vegetación, vacas pequeñas y bonitas paciendo, parecidas a la raza Alderney pero con los cuernos muy abiertos. Bebimos un poco de leche dulce, pero antes de que ordeñaran la vaca dejaron que su ternera, que ya había crecido tres cuartos partes, se acercara a ella, pues creen que si no lo hacen ya no le da leche. Bebimos en una calabaza delgada y muy limpia, Nos la dio una niña de piel morena, figura grácil y pelo negro recogido en dos trenzas; llevaba la prenda del tipo acostumbrado, calicó o lino blanco adornado con volantes de encaje alrededor del cuello escotado o, entre las mujeres viejas o más pobres, adornada con harapos de la misma tela. Perros mestizos nos ladraban y escurrían el bulto en cuanto levantábamos la mano. La aldea estaba compuesta de chozas de techos de paja de vertientes altas y pisos de tierra; generalmente uno o dos recintos para hombres, mujeres, perros, cerdos, aves, monos y niños.

Cuando torcimos para bajar al río, se presentó ante nuestros ojos un bello árbol-muy

alto, un hermoso follaje de intenso color verde compuesto de hojas largas que caían sobre una cabezuela de magníficas flores de colores cremas y lila, y con un almohadoncillo amarillo y lila de estambres que se estremecían con cada sople. Osbert se puso a trabajar y no tardó en cortar una enorme rama que cayó con gran estrépito, pero no hasta el suelo, ya que estaba atrapada en las miles de raíces de una enredadera. La dejamos para llevárnosla a nuestro regreso.

Vimos dos enredaderas con flores de color rojo apagado y, después de caminar por algún tiempo en el monte bajo, denso y caliente, salimos a unos claros soleados. Varios especímenes de la deslumbrante mariposa Morpho revoloteaban y se separaban y se paraban, pero no pudimos atrapar ninguna. Su vuelo es tan rápido y alto que se escapaban como pájaros.

Las innumerables enredaderas captaron la atención de Osbert. De una rama colgaban millones de bichos. Me repugnaba el género de las garrapatas, cuyo tamaño va desde la punta de un alfiler hasta el de un garbanzo. Persisten en su andar de cangrejo hasta que se prenden de algo; son irritantes y lo mantienen a uno en un estado agotador de vigilancia. El bicho rojo también es casi invisible, como un ácaro, y su picadura se hincha.

Las hileras de hormigas eran curiosas, especialmente una que parecía una cabalgata en movimiento de diminutas flores azules; y detrás de esta hilera otra columna en movimiento compuesta de unas placas verdes. Descubrimos que esta flor caía de un árbol que estaba a unas yardas de distancia y obviamente era un favorito, ya que el mismo espectáculo se repetía cerca de él.

En las ramas altas, había un verdadero torbellino y zumbido de insectos, mariposas, abejas y toda clase de insectos chillones. Cruzamos un manatí y nos encontramos con una tortuga grande que emitió un pequeño grito cuando la metimos a una bolsa para mandarla a Inglaterra. Ahora está nadando en una tina del jardín.

Atravesamos una cerca y salimos a las cuevas de una aldea de buen tamaño, Cruces.

En el próximo número de Epocas compartiremos las anotaciones de Caroline Salvin sobre la aldea de Cruces, a orillas del caudaloso río Chagres. ■

"Epocas"

Segunda Era

Mario Lewis Morgan

DIRECTOR

Apartado 6972, Zona 5

Impreso en los talleres de La Prensa.
Sin responsabilidad editorial